



HENRY MILLER

escritor maldito



Henry Miller con Anthony Kerrigan y Juan Bonet

a sus 71 años, no menos de 70 procesos en norteamérica

QUESTA trabajo creer que este hombre que tengo frente a mí, humilde y cordial, pendiente de una criatura y sus medias palabras (1), que respira una vejez tranquila, este Henry Miller sea, justamente, el escritor más escandaloso de los Estados Unidos, en donde ahora mismo, y en diferentes Estados de la Unión, tiene tantos procesos o más que años.

Sonriente, él me dirá;

—Tengo setenta y un años y no menos de setenta procesos en marcha. Si los perdemos, mi editor quedará totalmente arruinado.

Habla de su editor; pero no dice cómo quedará él. ¡Y qué le importa! Ya está acostumbrado. Hace muchos años —él dice que hasta los cuarenta pasó hambre— aprendió a vivir cada vez con menos necesida-

(1) Durante mi primera entrevista con Miller asistió una joven pintora norteamericana que visitó al novelista acompañada de su hija, una encantadora criatura de cinco años, a la que Miller, un hombre que ama a los niños, hacía mil preguntas; muchas más de las que yo pude hacerle a él.

des, como un sabio inaudito, en plena devastación y soledad.

El libro de Henry Miller, el libro por esencia y potencia escandaloso es «Trópico de Cáncer», que a los veintiseis años de su primera edición ha sido ahora autorizado a publicarse íntegro en Norteamérica.

Y ya conocemos el resultado; más de medio centenar de procesos contra «Trópico de Cáncer», al que cada juez puritano y cada Comité de Señoras más o menos influyentes le encuentra lo suyo.

Los que critican, al parecer, están de acuerdo en una cosa unánimemente; en que el «Trópico» es un libro caótico, un mare magnum sin principio ni fin, donde lo obsceno se baraja con la piedad y el amor al prójimo salta junto a lo blasfematorio.

—Es la vida la que es caótica —dirá Miller—. ¿Por qué ese reproche a mi libro?

un asceta

Lo cierto es que Miller está más cerca de las verdades elementales del cristianismo que de otras cosas. No

se puede negar que el libro tiene palabrotas, tacos, y en las descripciones es, más que otra cosa, cruel. Como serían los demás libros de Miller, este es una epopeya atormentada. Así lo ha podido ver la crítica más seria, menos insensata. Miller cuenta su vida. El, como autor de novelas, no hará otra cosa que una larga, inacabable, barroca y verbalista historia de su propia vida. Y la contó sin hipocrasías.

—En la vida —dirá Miller— no hay más que dos caminos, dos soluciones. Rebelarse contra los prejuicios o convertirse en un hipócrita.

Leído el «Trópico de Cáncer» sin beatitud, sin prejuicios, lo que se saca en conclusión es que la vida de su autor estuvo llena de dificultades humanas, que estuvo lejos de ser una vida fácil, que se exilió de los Estados Unidos, entre otras razones, porque su talento no iba con aquella civilización supermaterialista, en la que no contaban más que los éxitos traducibles en dólares, y que Miller, en suma, es un hombre de sabrosa humanidad para el que cuentan, es cierto, los bienes de esta vida, para el que cuenta el amor y la sensualidad; pero que sabe desprenderse y vivir con

«mucho menos» con tal de dar la mano a un amigo más necesitado que él. Queda el lenguaje tan libre...

—Sí, sí —cuenta Miller—, los procesos contra el libro se apoyan con frecuencia en el vocabulario, en las palabras fuertes. Pero yo me pregunto si es mientras que la gente no habla así, como yo escribo. ¿Acaso en la vida no se emplean todas esas palabras y más que yo empleo al escribir? Son muchos los libros que no están escritos con ese lenguaje y que resultan, es evidente, mucho más ordinarios y hasta perversos que los míos.

los procesos

Los procesos contra Miller lo son no por las autoridades federales, sino por las locales. Algunos se han perdido, tales como los de Filadelfia y Boston, y entonces el editor recurre a las autoridades superiores con la esperanza de ganar. En Chicago, los procesos se ganaron, y entonces los que recurren son los otros. Un laberinto que, en el fondo, lo que hace es aumentar la fama de «Tropico de Cáncer», que se ha convertido, como su autor, en algo popular y que está en todas las bocas.

Dice Miller:

—Me han convertido en una especie de objeto. Un objeto de piedad, de odio, de amor, de admiración o furor, de todo. Esta batalla resulta divertida. Ver las reacciones de la gente es siempre un espectáculo fascinante. Y en algún sentido esos procesos tienen una real importancia. Crearán un precedente que permitirá a otros libros, después de los míos, aparecer libremente. América es el país de la hipocresía; pero esto empieza a tambalearse. Se ve que el coloso tenía los pies de barro.

Leo papeles sobre alguno de los procesos. En un pueblo de Texas, el juez que sigue el proceso y se aburre con el desfile de testigos, se cansa escuchando sus opiniones, se cae de sueño al tener que oír la lectura de las páginas del libro, interviniendo en el debate para hacer la siguiente y pintoresca pregunta:

—Todo eso que ustedes están leyendo es literatura; pero ¿me podrían explicar ustedes qué demonios es un «hídico»?

En otra ciudad, a la hora del proceso, el estupor de la gente es inenarrable al presenciarse la llegada de un vicario que pide intervenir y hace la defensa de Miller. Las damas estropajosas quedan pasmadas, pues aquel cura joven y entusiasta dice que considera capital el libro en la historia de las letras americanas y, además, piensa que ha contribuido como pocos a una nueva libertad en la literatura mundial.

En otro lugar, el acusador de Miller, que ya no sabe



El famoso autor de «Los trópicos» junto a otro escritor norteamericano, Anthony Kerrigan, y Juan Bonet

es posible que pase una temporada en mallorca

de qué echar mano para tumbarle, acaba por decir que el escritor, a sus setenta y un años, es un hombre que todavía no tiene un verdadero oficio ni un empleo seguro.

Henry Miller se ríe con ganas, y me explica:

—El hombre tenía razón, toda la razón. Ya sería hora de que yo sentara la cabeza... He fracasado en todos los oficios que he probado, desde mozo de cuerda hasta corrector de pruebas, y en el desierto de Big

Sur, durante muchos años, he vivido del milagro de mis amigos, que me enviaban obsequios, y de las pequeñas ventas de las acuarelas que pintaba, acuarelas para los turistas del lugar...

una experiencia

Le pregunto qué le parece ahora su libro, escrito hace veintisiete años.

—Es mi primer libro, y estoy contento de haberlo escrito. No me ha defraudado ahora al volverlo a leer. Yo diría que es un «libro viviente». Y esto es lo que yo les suelo pedir a mis lecturas. Que dentro de unas páginas de papel se encuentre un hombre.

Le pregunto por sus lecturas españolas.

—«El Quijote», de Cervantes, y varios libros de Unamuno y de Pío Baroja, los que he podido encontrar traducidos al inglés. Y espero un día poder leer a San Juan de la Cruz, de quien conozco algunos fragmentos, leídos a salto de mata en algunas revistas.

Miller hace un pequeño gesto de cansancio. La verdad es que no le entusiasma —¿no le entusiasmará demasiado?— hablar de libros. Dice que tal vez ha escrito demasiado —una docena o más de libros que llevan su nombre—, que tal vez ha leído también excesivamente, y en «Los libros de mi vida», en singular, libro suyo de crítica literaria «sui generis», ha estampado, a modo de lema, estas palabras de Santo Tomás de Aquino, sobre su lecho de muerte: «Me parece que todo lo que he escrito hasta aquí no vale una brizna.»

Y, sin embargo, ahora espera con ilusión ejemplares de su último libro, aparecido en París, un libro sobre sus acuarelas, que él ha titulado «Pintar es amar de nuevo».

Cuenta que en 1939 estuvo a punto de venir a España, pero una amiga, pintora, y las llamadas del novelista Lawrence Durrell le desviaron hacia Grecia. (Este viaje a Grecia valió el libro extraordinario «El coloso de Marusa» (2), aparecido hace pocos años en castellano). Miller quiere volver. Unos amigos que le visitan, un joven escritor norteamericano que vive en el Puerto de Pollensa, le ofrece su casa. La idea le gusta a Miller. Al despedirme, dice:

—Habrá que ir pensando en volver. Me gusta este país mucho.

JUAN BONET

(2) «El coloso de Marusa» y «Big-Sur y las narajas de Hieronymus Bosch» son los únicos libros de Miller, traducidos al castellano, que conozco. En francés, entre otros, se encuentran «Tropico de Cáncer», «Tropico de Capricornio», «Printemps noir», «Plexus», «Les livres de ma vie», «Souvenir Souvenir», etc.

El escritor con una pequeña visitante, la hija de una norteamericana residente en Palma de Mallorca

